EL DECLINAR DE LA IZQUIERDA

C. WRIGHT MILLS

El artículo que publicamos es continuación traducido de la revista The Listener del 26 de marzo de 1959, es la última de tres conferencias pronunciadas por el profesor Mills de la Universidad de Columbia, por la BBC de Londres.

LA oposición a la "Organización"[1] a menudo sólo está constituida por grupos aislados que publican revistas de poca circulación y cuya producción cultural carece de demanda en el mercado. Otras veces los opositores de la "Organización" crean a su vez una organización propia. Estas "organizaciones de izquierda" han resultado con frecuencia tan estrechas en sus valores y tan tontas en su preocupación por defender un prestigio pasajero y voluble como las "organizaciones nacionales". En efecto, muchas veces han asumido una actitud más restrictiva, precisamente por pretender lo contrario y además, porque los círculos minoritarios suelen necesitar más un credo dogmático que aquellos grupos mayores a quienes su propio tamaño garantiza una seguridad más estable.

Por eso, entre otras razones, me parece una ingenuidad suponer que a los intelectuales de un país se les puede dividir tajantemente en dos grupos: el de aquellos que forman parte de las "organizaciones nacionales" y que están más o menos sujetos a sus dictámenes, y el de aquellos que constituyen la vanguardia, creadora en cultura y radical en política. Las gentes que se llaman a sí mismas gentes "de izquierda" y "de vanguardia" están a veces tan sometidas a una rutina —aunque, por lo general, menos durable— que aquellas que pertenecen a una "organización nacional". Las "organizaciones de izquierda" también crean y sostienen un ambiente cultural y político, formulan tareas básicas, escogen temas *ad hoc* y establecen cánones de valor y de gusto apropiados a sus finalidades nacionales.

[1] Por "Organización" el autor entiende un régimen mediante el cual se establece una comunicación directa entre la producción cultural y la autoridad, una colaboración tácita entre los intelectuales, por un lado y los dirigentes del Estado y de otras instituciones de diversa índole, por otro.

No existe hoy en día ninguna organización de izquierda, digna de tomarse en cuenta, que sea a la vez verdaderamente internacional y verdaderamente de izquierda.

En la URSS la oposición carece de bases jurídicas: la oposición es traición; las actividades políticas y culturales se efectúan dentro del marco de la "organización nacional" establecida por el Partido Comunista, que es un partido nacionalista, oficial y dotado de un gran poder coactivo.

En los Estados Unidos no existe la izquierda: la actividad política está monopolizada por un sistema irresponsable de dos partidos; las actividades culturales —aunque formalmente libres— tienden a convertirse en nacionalistas o comerciales o meramente particulares.

En la Europa Occidental lo que queda es una izquierda debilitada; sus restos no tienen trascendencia ni en lo político ni en lo cultural como centros de oposición revolucionaria. La verdad es que "la izquierda" se ha "organizado" en el sentido especial que aquí estamos dando a esta palabra. Además, incluso cuando la izquierda —como en la Gran Bretaña— obtiene el poder del Estado, sus miembros a menudo se encuentran cohibidos tanto en el nivel nacional como en el internacional.

Por lo que toca a la Europa Occidental y a los Estados Unidos creo que esta situación tiene dos explicaciones, una concreta y la otra más general, a saber: la nacionalización del comunismo, sede de la vieja izquierda, y, el hecho de que se haya despojado a los intelectuales de sus medios de distribución y en gran parte también, de produción.

La nacionalización de la izquierda internacional

Durante la década del 30 la sede cultural y política más importante de la izquierda en Occidente era el comunismo. Los izquierdistas —tanto los miembros del Partido Comunista como los que no lo eran— tenían que definir su posición y sus puntos de vista en función de dicho partido y de sus doctrinas. La historia de los grupos de oposición en casi todas las naciones está estrechamente ligada con la historia cultural y política de la Unión Soviética. La historia de ésta es bien conocida: en pocas palabras es la historia de la nacionalización de la izquierda internacional; de cómo vino a enmarcarse en la nueva organización de una nación; y de cómo el marxismo mismo, se convirtió en una retórica de una defensa cultural rígida y de una injusticia política.

Hasta fines de la Segunda Guerra Mundial muchos intelectuales

podían pasar por alto estas cosas. Las luchas políticas y culturales todavía tenían el aspecto de luchas internacionales —entre naciones y dentro de ellas— como lo demostró la Guerra de España. La derecha y la izquierda podían definirse como fascismo y antifascismo. Pero se reveló con claridad la nacionalización del comunismo y el espectáculo les resultó insoportable. Aunque mundial en sus esfuerzos, el comunismo se convirtió en el instrumento de una nación y sus fuerzas políticas dentro de varias naciones resultaban a menudo tan reaccionarias como la de cualquiera de las otras grandes Potencias. Ya no era posible identificar al socialismo, en ninguno de sus sentido auténticos, con la Unión Soviética ni podía seguirse reconociendo a la URSS como la portadora de los valores de la izquierda.

Sin embargo, en Occidente, muchos círculos de izquierda estaban tan identificados con el comunismo que cuando éste se redujo al estalinismo, estos círculos se debilitaron y se desintegraron. Su dependencia de este centro era tal que no pudieron sobrevivir intactos ni mucho menos prosperar.

Los intelectuales estadounidenses en la década del 30

A este respecto tiene especial significación el caso de los Estados Unidos debido a la magnitud de los medios de poder de esa nación, a la libertad *formal* que tienen en ellas las actividades políticas y culturales y a que en dicho país el comunismo no ha sido nunca una verdadera fuerza política.

En la década del treinta muchos intelectuales norteamericanos aparentaban ser revolucionarios. Pero en cuanto brotó la Segunda Guerra Mundial, se volvieron patriotas casi de un golpe. Para ser más exactos, en aquel momento decisivo de transformación en la historia de los Estados Unidos, los intelectuales estadounidenses refunfuñaron un poco, pero refunfuñaban más bien de una sociedad de la cual en la práctica estaban satisfechos. Ahora, en la postguerra, hacen elogios de esa sociedad. La verdad es que apenas la conocen, ni realizan muchos esfuerzos por conocerla.

Los sobrevivientes de los círculos de izquierda de la década del treinta se han convertido a menudo en lo que yo suelo llamar "Los Viejos Futilitarios". Estos ex combatientes norteamericanos son muchas veces bastante chillones: en otro orden de circunstancias y en una época diferente dieron una pelea, ya no son capaces de dar una batalla. No han sabido conservar las tradiciones de la izquierda; rechazándolas totalmente manifiestan y ostentan un especial desgano cuando se trata de actividades políticas de interés moral. En vez de

ello —como es notorio— se dedican a proclamar las virtudes de la nación norteamericana.

Lo interesante de estos ex comunistas convertidos en profesionales es sin duda su psicología (que, por supuesto, no carece de elementos políticos): en efecto su anticomunismo guarda, en mi opinión, una gran analogía en su forma psicológica con el antisemitismo. Por lo menos se me hace difícil distinguir entre el anticomunismo de algunos de mis antiguos amigos y el antisemitismo de aquellos que han sido siempre mis enemigos. Ambos dan por supuesto que los comunistas o los judíos son inmutables: una vez comunista (o judío) siempre comunista (o judío). Ambos creen que cualquier contacto con comunistas o con judíos contamina al que lo tiene: opinan que en cualquier tentativa de colaboración con "ellos" tanto los comunistas como los judíos explotarán audazmente las ocasiones que se les ofrezcan para llevarse la mejor parte. Ambos admiten que sus argumentos no pueden probarse rigurosamente, que dada la índole misma de la cuestión es necesario haber vivido la cosa para poderla comprender. Ambos acusan de ingenuo o acaso de comunista o de judío disfrazado o inconsciente al que ponga en duda estas proposiciones. Los anticomunistas y los antisemitas razonan con la misma exaltación; emplean la misma interpretación esotérica de los textos para calificar a otros de estalinistas (o de judíos) y tachan de traidores a quienes se aparten lo más mínimo del credo incondicional nacionalista.

En los Estados Unidos hoy, el ex comunista convertido en profesional no vocifera tanto como hace algunos años, pero evidentemente ha influido en forma decisiva a crear ese ambiente de acritud y de desilusión en el que se han criado los jóvenes intelectuales de la postguerra.

La conformidad complaciente de los jóvenes

La conformidad complaciente de los jóvenes es la contrafigura de la futilidad de los viejos. No es fácil hallar tipos puros de esta especie. Sus miembros son más bien una modalidad subyacente que un tipo estable de hombre y su posición está sujeta al vaivén de la moda.

Quizá la clave para entender esta modalidad radique en el sentimiento de satisfacción, en el sentimiento de haber sido tratado bastante bien, a pesar de todo, que manifiestan estos "jóvenes complacidos". Detrás de ese sentimiento está, naturalmente el hecho glorioso y vulgar de la prosperidad económica. La pasión política y

las convicciones morales les dejan fríos e indiferentes. Acaso esta actitud sea el resultado del empeño de alardear de hombres brillantes, interesantes y, por supuesto, a la moda. Tal vez sea un efecto del hecho de que estos jóvenes tienden a juzgar a la sociedad en que viven sobre la base de sus éxitos personales, confundiendo así el triunfo modesto que han alcanzado con la calidad y condiciones de la justicia social. Fundar la apreciación política y el juicio moral de la sociedad en que se vive sobre el modesto triunfo personal es —y la frase me parece buena todavía— la modalidad filistea de la pequeña burguesía.

El cientificismo de los investigadores sociales

En Occidente y especialmente en los Estados Unidos, además de la actitud de desgano artificioso y la postura de conformidad complaciente, ya descritas, hay otras muchas posiciones que impiden que la reflexión política se convierta en una fuerza activa —por ejemplo, el cientificismo de los investigadores sociales. Muchos universitarios inteligentes, tanto en la Europa occidental como en los Estados Unidos se niegan a hablar de temas tales como la guerra, la paz, el problema de los barrios de indigentes, el ritmo acelerado del progreso económico, la democracia, la tiranía. Estos hombres son plenamente racionales, pero se niegan a razonar. Todo lo que en alguna forma se aparte de sus métodos particulares es para ellos pura especulación, pura erudición —un puro "escribir libros fundados en otros libros" que en su concepto es una forma muy inferior de la actividad intelectual. Son hombres a menudo dogmáticos, aunque su dogmatismo versa más sobre los límites de la razón que sobre un cuerpo definido de doctrinas. Muchos son "administradores intelectuales", metidos a fondo en "investigaciones sociales" relacionadas con la actividad bélica. Demasiado artificiosos para sostener con argumentos explícitos su débil actitud política rehuyen todo debate y se refugian como tullidos intelectuales en una esfera puramente técnica y utilitaria.

El derrumbamiento de la izquierda, y el intento más abarcador de divorciar las actividades intelectuales de la política, se funda, pues en el amargo y dogmático anticomunismo de los viejos futilitarios; en el desgano vacío de los jóvenes satisfechos con la política actual e ignorantes de su sentido humano; en la novelería literaria y en la prosperidad personal de los filisteos metidos a pensadores; y en el conservadorismo irreflexivo y el cientificismo de los científicos de la conducta. Todas estas gentes forman una especie de coali-

ción poco coherente que pretende establecer una modalidad nacionalista para la cual exigen incondicional adhesión.

La nacionalización de los grupos de izquierdistas es sólo una de las causas que explican el derrumbamiento de la izquierda. Hay otra. La verdadera "traición de los intelectuales de Occidente" se funda en la burocratización de la cultura. No es que los intelectuales se hayan convertido en hombres útiles —como decía Julián Benda— sino que carecen de la independencia necesaria para dirigir personalmente su propia actividad y el uso que se hace de ellos y de su obra. Este hecho no puede entenderse sin comprender las realidades comerciales y administrativas en que se asienta la función cambiante de los intelectuales en esta sociedad desarrollada en exceso.

El problema al que se enfrentan los intelectuales es el de la expropiación de su propia organización cultural. Los intelectuales no tenemos acceso a los medios eficaces de comunicación. Pero esto no es todo. Muchos estamos perdiendo el dominio sobre los propios medios de producción cultural. La situación de los intelectuales en general es idéntica a la del productor cinematográfico serio. Este se ha convertido en el prototipo del trabajador intelectual. Se nos está aislando de nuestro público y aquella parte que aún nos queda está siendo convertida en hombre-masa por los mercaderes y comisarios que controlan y manejan los medios eficaces de comunicación. En manos de ellos estos medios están dejando de ser medios de comunicación para convertirse en medios de distracción para las masas.

Analogías entre los Estados Unidos y la URSS

He sostenido que los Estados Unidos y la URSS se están asemejando cada vez más en algunas de sus actividades oficiales. He señalado varios rasgos culturales de estas dos superpotencias en los que se advierte una analogía básica. En los Estados Unidos no existe una organización cultural parecida a la de Europa; en Rusia la organización cultural del tipo europeo fue destruida por la Revolución.

El "materialismo" de la Unión Soviética no es más importante como hecho religioso y espiritual que el "cristianismo" de Occidente —especialmente el de los Estados Unidos, donde la religión misma es hoy una actividad bastante secularizada. ¿Influyen mucho en la política nacional, en la producción cultural, en la calidad de la vida cotidiana el ateísmo oficial de los rusos y el cristianismo oficial de los estadounidenses? En la Cuarta Epoca las instituciones religiosas y educativas tienden a convertirse en medios de propaganda para las masas, tienden a adquirir la forma que les dan las grandes fuerzas

económicas, militares y políticas. Pierden toda iniciativa adaptándose al ambiente general.

Ni en los Estados Unidos ni en la URSS es la educación necesariamente una verdadera experiencia liberadora. En ambos países tiende la educación a convertirse en parte de mecanismos económicos y militares. A los individuos se les adiestra para desempeñar funciones técnicas dentro del aparato burocrático sobre cuyos fines y medios dichos individuos no tienen ningún control.

En los países insuficientemente desarrollados las masas pasan del analfabetismo a la educación formal; en las naciones superdesarrolladas pasan de la educación a una especie de analfabetismo educado. Los observadores liberales suponían y esperaban que la enseñanza universal sustituyera a la ignorancia con el conocimiento, a la indiferencia con el interés. No ha ocurrido así en los países superdesarrollados y los educadores más "liberales" de nuestros días se están dando cuenta de que sus previsiones no se han realizado.

El público como "mercado de propaganda"

Al igual que la religión, la educación en los Estados Unidos tiene que competir en un mismo plano con otros medios gigantescos de distracción, de entretenimiento y de comunicación para las masas. Estos medios fabulosos no son a menudo verdaderos medios de comunicación. No relacionan los grandes problemas públicos con la vida personal del individuo. No destacan el valor humano de acontecimientos impersonales, a veces atroces, y de decisiones históricas trascendentales. Trivializan las cuestiones y convierten al público en un mero "mercado de propaganda".

La imagen del hombre culto como meta de todo ser humano va desapareciendo en todas partes. Tanto en Rusia como en los Estados Unidos el tipo idealizado es el del especialista y mientras más limitado el campo de la especialización más se aprecia al sujeto que a ella se dedica.

Muchos intelectuales, especialmente en el campo de las ciencias sociales, tratan de imitar los métodos de las ciencias naturales, abdicando así la autonomía intelectual y política de que disfrutaban sus disciplinas en la tradición clásica. Mucho de lo que se produce hoy en las ciencias sociales es pura trivialidad con pretensiones de ciencia; es una serie de técnicas burocráticas que dificultan la investigación social con pretensiones metodológicas; que congestionan la labor necesaria con la obscuridad de supuestas grandes teorías; que rebajan la ciencia preocupándose por problemas de menor importancia sin rela-

ción con los grandes problemas públicos o con las ingentes dificultades de los individuos.

Sustentando el prestigio del especialista, tanto en los Estados Unidos como en la URSS está por supuesto la ascendencia de las ciencias naturales y su repercusión sobre lo económico y lo militar. Estas ciencias se han convertido en el modelo cultural más prestigioso. Hoy la "ciencia" se identifica comúnmente con sus productos letales y comerciales de mayor relieve. Los secretos de la naturaleza se convierten en secretos de Estado a medida que la ciencia es cada vez una parte más importante de la maquinaria de guerra, y en los Estados Unidos, además de eso, parte principal de los absurdos dispendiosos del capitalismo.

Ni en los Estados Unidos ni en la URSS existe un grupo de intelectuales libres, ni en las universidades ni fuera de ellas, que dirijan el pensamiento del mundo occidental y cuya labor tenga influencia entre los partidos, los movimientos y el público.

En resumen, ni en uno ni en el otro país, existen inteligencias verdaderamente independientes que influyan directamente sobre las grandes decisiones.

Ni en los Estados Unidos ni en la URSS hay medios de genuina comunicación, libres y abiertos a tales intelectuales, que les permitan convertir los problemas de los individuos en asuntos de interés público ni llevar a la comprensión de los individuos los grandes problemas de la vida pública; por consiguiente, en ambos países prevalece una gran e irresponsable ignorancia, y un aislamiento entre el público y los intelectuales independientes.

No deseo quitar importancia a las diferencias que existen entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en materia de organización cultural. No quiero excusar los hechos brutales de la tiranía cultural soviética ni hacer el panegírico de la libertad formal de que disfrutan los intelectuales occidentales. Ya se ha exagerado bastante la labranza de lo propio y el vituperio del enemigo.

La libertad formal de Occidente descansa sobre tradiciones culturales muy sólidas; esta libertad es muy real y ha tenido y tiene un valor inmenso. Sin embargo ¿no sería oportuno preguntarnos hoy, hasta qué punto se debe la perdurabilidad de esta libertad al hecho de que no se la pone en uso? ¿Qué efectos públicos tiene esta libertad puramente formal? En los Estados Unidos hoy no hay duda de que abundan más los panegíricos a las libertades civiles que el uso eficaz y revolucionario de dichas libertades.

La falsa retirada de los intelectuales

La retirada de los intelectuales del campo de la política es de suyo un acto político. En otras palabras, esa retirada es una retirada ficticia. Hoy un intelectual podrá tener la intención de retirarse de la política, pero de hecho no podrá hacerlo, pues su retirada tendrá como efecto favorecer a los poderes prevalecientes aunque sólo sea destruyendo la atención pública y permitiendo así que dichos poderes obren con mayor libertad. Estas tentativas pueden ser efecto del temor o de la moda; o de una convicción sincera inducida por el éxito. Pero independientemente de cuales puedan ser los motivos los efectos son los mismos, a saber, someterse a los poderes prevalecientes, permitir que otros determinen el sentido de la propia labor intelectual de uno.

"Los hombres malos —escribía John Adams en 1790— se desarrollan intelectualmente con la misma rapidez que los hombres buenos, y la ciencia, el arte, el gusto, la sensibilidad y las letras pueden utilizarse para fomentar la injusticia y la tiranía como para fomentar el derecho y la libertad, para favorecer la corrupción como para estimular la virtud".

Si esto es cierto, los intelectuales no pueden confiar en que van a mantener la libertad cultural sin librar una batalla tanto en el campo de la cultura como en el campo de la política, sin darse cuenta que actualmente estas batallas tienen que darse a la vez. Todavía pueden considerar sus decisiones. Ningún otro grupo o tipo de hombres posee tanta libertad de movimiento; ningún otro grupo está tan bien situado para iniciar innovaciones, como los hombres que dedican su actividad a la cultura.

Teniendo en cuenta nuestra condición, estoy persuadido de que ni en los Estados Unidos ni en la URSS tienen los intelectuales abiertas las puertas de los partidos políticos. No estoy en condiciones de juzgar cuál es la situación en la Europa occidental. En los Estados Unidos no existe ningún movimiento o partido político con verdadera influencia en la opinión y que al mismo tiempo acoja abiertamente al elemento intelectual. Dadas estas circunstancias, creo que es una pérdida de tiempo y de talento que pudiera emplearse mejor en la labor intelectual, el que los intelectuales norteamericanos se ocupen meramente de la política local en nombre de un ideal de acción política independiente.

Debemos luchar en pro de nuestros ideales políticos y culturales utilizando medios intelectuales y morales y no medios políticos de acción directa. No creo que sean los obreros los únicos que pueden transformar la sociedad norteamericana y cambiar su función en el campo

internacional; no creo ciertamente que los obreros puedan hacer esto solos. No sé si puede decirse otro tanto de los obreros ingleses.

Los intelectuales se han pasado creando normas y fijando objetivos. Y luego, siempre buscan a otros grupos, a otros círculos, a otros elementos de la sociedad para que los pongan en marcha. Parece que ha llegado la hora de que los intelectuales apliquemos directamente nuestras ideas.

Los intelectuales hablamos con facilidad de la necesidad de que los trabajadores administren las fábricas en que trabajan. Pero nos resulta difícil comenzar a apoderarnos de nuestros propios instrumentos de producción. Lo que nos corresponde ahora hacer es volver a tomar posesión de nuestras organizaciones culturales utilizándolas para nuestros propios fines.

Esto no es una metáfora. Lo digo en el más estricto sentido literal. Es un error diluirnos en un vago impersonalismo político. Como creadores y defensores de normas, queremos que otros hombres participen de nuestros ideales. Pero no debemos hacerlo en una forma puramente optativa. Debemos hacerlo actuando en nuestro propio medio inmediato.

Me fastidian los escritores que se lamentan de las trivialidades de los medios de comunicación para las masas y, sin embargo, se dejan usar por sus tontas vaciedades. Debemos escribir y hablar para esos medios de comunicación en nuestros propios términos, o no emplear dichos medios en absoluto.

Debemos demostrar cuán orgullosos nos sentimos de nuestra herencia de hombres libres tomando esa herencia muy en serio. Y en vez de tanto defender las libertades civiles hagamos un mayor uso de ellas Y en vez de gimotear tanto sobre nuestro aislamiento usémosle para formular críticas radicales y programas audaces.

Si nosotros no hacemos estas cosas, ¿quién las va a hacer? Debemos dirigir una crítica continua e independiente, desde el punto de vista de ideales utópicos, si ello fuere necesario.

A menos que procedamos así no podremos ofrecer a la sociedad otras definiciones de la realidad que le abran nuevos caminos. Y esa es, por supuesto, nuestra tarea principal. Si nosotros como intelectuales no definimos y redefinimos la realidad, ¿quién se va a ocupar de hacerlo?

Los intelectuales debemos convertirnos de nuevo en una clase internacional. ¿Pero qué significa esto en concreto? ¿No significa, acaso que debemos negarnos a participar en la guerra en frío? ¿No significa, que debemos tratar de ponernos en contacto con nuestros co-

legas de todos los países, y sobre todo con los de los países chino-soviéticos?

Con ellos debemos concertar una paz por separado. Luego, como intelectuales y como hombres públicos, debemos actuar y trabajar como si esa paz —y el intercambio de valores, programas e ideas que la constituyen— fuera la paz de todos los hombres, como en realidad debe serlo.

Lo que procede hacer, en resumen, es definir la realidad de la condición humana y difundir estas definiciones; enfocar los nuevos hechos que hacen historia en nuestros tiempos y ver cuál es su significado en relación con el problema de la responsabilidad política; dar rienda suelta a la imaginación para explorar todos los caminos abiertos hoy a la sociedad humana, trascendiendo todo aquello que es mera exhortación de grandes principios o mera reacción oportunista.

Sé que habrá quien diga: "Si yo no hiciera esto o aquello, otros lo harían, por qué abstenerme, pues? A veces les digo que tal cosa no es un argumento sino un manerismo propio de gentes irresponsables. Se funda en una concepción según la cual la persona humana es un mero individuo aislado; se funda en la aceptación de la propia impotencia; se funda en un fatalismo que destruye toda libertad de decisión.

A esos argumentos fatalistas cabría oponer las siguientes razones: si usted se niega a hacer esto o aquello, usted no es responsable de que otros lo hagan. Si usted se niega, tal vez su ejemplo sirva para que otros también se abstengan, y los que no se abstengan lo harán quizá con vacilación y con mala conciencia. Negarse a hacer lo que en conciencia sabemos que no debemos hacer es una afirmación de la autonomía de la persona humana; es un acto por medio del cual usted reconoce que, como intelectual usted es un hombre público, aunque usted no desee serlo; es el acto de un hombre que rechaza el mito del destino, pues revela la resolución de un hombre que toma entre sus manos su destino y lo dirige y encauza libremente.